

Una risa brusca y sonora que partió del Rey probaba que Pausole estaba por completo desarmado. Entonces Gilillo, bajando los ojos, articuló esta conclusión:

— ¿No estamos en una alquería? Debe de tratarse de la sangre de un pollito.

V

EN QUE CADA UNO ES TRATADO SEGÚN
SUS VIRTUDES.

Elena. — ¡Fata-lidad! Fata-lidad! ¡Fata...
Páris. — ... li-dad!

MEILHAC y HALÉVY.

De tu defensa hago aprecio del primer punto, dijo Pausole. Me has hecho preparar habitaciones confortables y velas por mi bienestar: así obra un hombre de gobierno. Durante esta terrible jornada, comienzo á entrever que sólo tú te has dado malos ratos en todos los sentidos en que convenía obrar, y que cuantos disgustos he tenido me han ocurrido por causa de otro... ¡Cállese, Taxis, cállese! es usted horroroso é impolítico. Algebrista, tiene usted un espíritu falso; pro-

testante, lo tiene usted estrecho; eunuco, lo tiene usted envidioso. Le tengo á usted por un badulaque. Vaya usted á indemnizar al pobre dueño de esta alquería de todos los perjuicios que se le han ocasionado, y cuyo autor queda desconocido, pues nada me prueba que sean fechorías de Gilito. Además, ese asunto se ventilará en tiempo oportuno, mañana ú otro día; y desde luego principio por declarar que en nada me interesa. Ocúpese de los gastos que dejo tras de mí; acompañe usted al harén á la Reina que se ha escapado...

— ¡Oh, Señor! dijo Gilillo, ¿seréis tan cruel?

— ¿Y qué quieres que haga yo de una mujer durante un viaje secreto?

— No la humilléis. Os ama. Dejadla que os siga en silencio.

— Hace un rato, tú mismo deplorabas que hubiese venido...

— Siento que haya podido huir, trastornando así vuestras horas de reposo; pero, ya está hecho. Hay que aceptarla, aunque sólo fuera para imponer silencio á los burlones.

— Hoy no está de turno la Reina Diana. interrumpió Taxis. Me opongo á toco

favor que infringiera el reglamento.

— ¿Qué decide Vuestra Majestad? preguntó Gilillo sin demasiada ironía.

— ¡Yo qué sé! contestó Pausole. Ve perdiendo la costumbre de proponerme á cada minuto resoluciones que me cansan. ¿Quién es mi consejero á las diez de la noche? Tú, Gil. Pues haz como se te antoje, seguro de que te aprobaré, amigo mío, pues quizá haya tan plausibles razones para perdonar como para castigar. Entre echar pajas y atenerme á tu juicio, opto por esta última solución. Anda, y habla en mi nombre : confío en ti.

El paje se inclinó, recibió la llave, sonrió y se fué á poner en libertad á la desgraciada Diana, no sin darle á entender que había abogado por ella.

Sus proyectos eran muy sencillos : dos horas más tarde, según toda apariencia, Taxis, al hacerse de nuevo cargo del poder no bien se oyera la última campanada de las doce, anularía la decisión de su predecesor; pero ya la Reina habría tenido tiempo suficiente para instalarse en el castillo. Gilillo se introduciría en su cuarto, y Diana se imaginaría acaso dar por agradecimiento cuanto ofreciere

por deseo y por sed de venganza inmediata.

Al regresar junto al Rey observó una actitud silenciosa y como de persona herida en su dignidad. Como parecía



estar esperando una palabra que manifestara sentimiento por lo ocurrido, Pausole le tendió la mano, pero con señales evidentes de temer que extremara la Reina su cariño. Y dijo :

— Copetuda, no regresará usted al harén esta noche; retiro mi amenaza. Paso la noche en esta aldea, y también usted; mas no olvido su intempestiva llegada y todos los trastornos de que ha

sido causa para mí. Venga; saldremos á pie. Taxis se ocupará de nuestras monturas, y mi paje la tomará á usted de la mano. Y, mientras, pequeño, dame mi corona.

Descolgó Gil de la percha el manto de púrpura y la ligera corona; Pausole se vistió, se cubrió, y dió la orden para echar á andar.

Cuatro muchachas cada cual con una antorcha y precediendo al Rey, sin más velo que el de la noche, anduvieron lentamente los veinticinco pasos que separaban la alquería del castillo vecino.

Detrás, seguía Diana la Copetuda, á quien conducía el paje con mano alta y á respetuosa distancia.

Largo rato tuvo ella clavada su mirada en el Rey; mas, como éste no se volviera, volvió sus ojos hacia el paje. Al cabo de un examen pensativo que duró varios minutos y que envolvió al joven de pies á cabeza, dijo :

— ¿Cómo se llama usted?

— Djilio, Señora, contestó el joven.

Y creyó deber arrojar un suspiro melancólico.

— ¿Djilio? Bonito nombre, dijo la Reina.

VI

EN QUE EL SEÑOR LEBIRBE Y EL REY PAUSOLE NOTAN CON SORPRESA QUE NO SE ENTIENDEN SOBRE TODOS LOS PUNTOS.

La conjunción de Venus
Será causa, según creo,
De que á los baños vayan desnudos
Mujeres y hombres todos juntos.

Pronóstico de Maese Albert. — 1527.

Pausole fué recibido en la verja por el cortés Sr Lebirbe.

En el mismo instante, en la ventana, Filis, encolerizada, volvía la cara hacia su madre para decirle :

— ¡Ya ves, mamá, que nos has puesto en berlina! Nos has obligado á ponernos vestidos, y el Rey viene con una señora que no lleva ninguno : ¡vaya un paso que vamos á hacer!

— Pedí parecer á tu padre, hija mía; él es quien me ha dicho que os vistiera.

— ¡Qué joven, pero qué joven eres, Filis! dijo simplemente Galatea.

— ¿Qué nueva niñada he dicho?

— Es preferible, *para comenzar*, estar vestida.

Pero Filis no comprendía, y, como el Rey se introducía, las tres, con la falda entre los dedos, deslizaron sus reverencias ante la puerta.

Después de las primeras palabras, que fueron de lo más respetuoso, la dueña de la casa y Diana la Copetuda se alejaron. Tenían relaciones comunes, y de butaca á butaca reanudaron recuerdos.

Gilillo, en otro rincón, en un apartado canapé, conversaba con las dos jóvenes. Su voz, alta al principio, fué bajando, bajando, hasta llegar al cuchicheo, y, poco después, ya nadie oyó nada, salvo, por instantes, una risa ahogada.

En el marco de una ventana, el Sr. Lebirbe peroraba :

— Señor, la *Liga contra la licencia de los interiores*, liga de reciente creación de la que tengo la honra de ser presidente, es una obra de moralidad y de salubridad pública. Sé que ha merecido vuestro agrado...

— Sí por cierto, dijo Pausole. Sí por cierto; no obstante, recuérdeme usted

qué fin se propone. No lo tengo presente en mi memoria.

— Su fin, su ambición única es la de merecer su elevado lema, el cual se expresa en tres palabras : « Ejemplo-Franqueza-Solidaridad ».

— Hermosas palabras, dijo Pausole. Pero, ¿ cómo las entiende usted ?

— No ignora Vuestra Majestad hasta qué punto, en Trífema, hace alarde el partido de la oposición de atenerse á los antiguos principios, especialmente en lo que respecta á la vida íntima y al traje. En esa sociedad, todas las mujeres, incluso las más guapas, se visten hasta arriba arriba para salir á la calle, y sólo en el secreto de un cuarto cerrado y ante el amante de su elección consienten en justificar una admiración masculina. Tal conducta delata un alma egoísta, avariciosa y depravada.

— Conforme, dijo Pausole.

— Los hombres de esa misma sociedad luchan con ahinco contra la propagación de nuestra influencia y en pro de lo que llaman ellos la decencia de las calles; pero, como el instinto de la carne no se acalla en ellos más que en sus contrarios, se van á ocultar su vida en moradas

infames en que el amor se marchita, se metamorfosea y se convierte en una forma del cieno.

— Sin duda que hace mal, dijo Pausole. Mas, ¿qué puede importarle á usted todo eso?

— Señor, estimamos que, al obrar así, no sólo son hipócritas y falsos, sino también, si así puedo expresarme, acaparadores. En nuestro siglo ya no está admitido que un aficionado pueda adquirir una galería de cuadros y gozar de ella solito; todo hombre que posee tres Rembrandt debe permitir que la calle entera suba á verlos, ó atenerse á ataques cuya justicia nadie pone en duda. Pues bien, el mismo razonamiento de donde nació tal costumbre debería engendrar en los hombres de sentido recto una conciencia superior y bienhechora que les impida encerrar detrás de las paredes de sus casas cuanto el ocio heredado de otras edades añade á la belleza de la mujer y todo aquello con que el arte, el lujo, el espacio, adornan el amor entre sus brazos.

— Algo así pienso yo.

— Esa sociedad, que se titula á sí misma la buena y que consigue pasar

por tal en muchos otros medios, da con eso un ejemplo nefasto, de cuyo libertinaje quisiera yo que se diera bien cuenta Vuestra Majestad. Poner un vestido sobre el cuerpo de una joven, es, ni más ni menos, despertar, en los adolescentes que la ven de cerca, curiosidades malasanas que, por otra parte, les prohíben satisfacer: es la excitación al vicio. Reconozco que ese género de perversidad se va haciendo cada vez más raro en Trifema. En casi todas las familias, las mujeres encargan su primer vestido al iniciarse su primera preñez. Pero hay, repito, ciertas casas en que visten hasta á las niñas, lo cual es, sin duda alguna, el colmo de la malicia. El ejemplo dado produce sus frutos; á veces es discutido; á veces es seguido; una vacilación deplorable deja flotar las costumbres nacionales entre dos extremos; ya no se sabe qué es lo que la moda exige, y confieso que, yo mismo, no siempre me atrevo á presentar á mis hijas en la desnudez rígurosamente pura que tengo por misión preconizar. El fin de nuestra sociedad es poner término á esa incertidumbre, unificando las costumbres al mismo tiempo que las conciencias.

— ¿Y, cómo lo conseguirán ustedes?

— Por dos medios. Primero, por la propaganda. Los recursos de la Liga son considerables. Hemos conseguido por veinte años el alquiler de un vasto terreno que forma parte del jardín Real en Trifema; hemos edificado al aire libre una escena teatral bajo los árboles, y allí damos bailes artísticos y piezas inéditas que atraen á mucha gente y que están compuestos según nuestras doctrinas.

— ¿Es decir?

— Es decir conformes con la vida misma, con su realidad y con su belleza. Cuando la escena representa una discusión de intereses en el bufete de un notario, los actores están vestidos de negro según las modas del sitio; pero cuando, en medio de un duo de amor, la catatríz grita: « ¡Oh Voluptuosidades! ¡Éxtasis! ¡Enajenación! » está desnuda, según la lógica de las cosas, pues lo contrario sería inepto. Y cuando el baile presenta á los espectadores una Venus, tres Gracias, doce Cautivas ó sesenta Bacantes, actúan sin misterio alguno, cual si se tratara de un cuadro, pues es incoherente tener dos estéticas

sobre un mismo asunto: una para la pintura y otra para el teatro.

— Hasta ahora, nos entendemos.

— Además, por medio del libro barato, por el periódico y por la imagen, esparcimos sin descanso en el pueblo la afición á la desnudez humana con el doble sentimiento que ella inspira: al espíritu, por una parte, y, por otra, á la carne, si toda vez es posible separar en dos elementos libres y distintos el ser único levantado por el amor. Dichos libros se abstienen de enseñar lo que describen la mayoría de las novelas populares, es decir, el mejor medio para fracturar una cerradura ó asesinar una anciana; y, si preciso fuera entrar en detalles, preferimos sugerir á la obrera un placer poco conocido, á enseñarle en seis columnas cómo se fabrica moneda falsa.

— ¿Y si es estéril ese placer? preguntó Pausole.

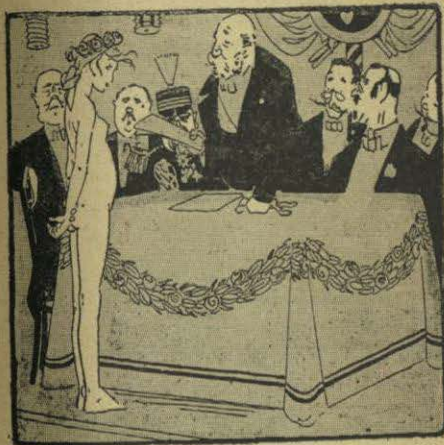
— Si una dicha pasajera es estéril, ¿qué importa? El cuerpo de la mujer encierra ochenta mil óvulos, y no puede concebir arriba de dieciocho veces sin peligro. Así, pues (tomando esa cifra de ochenta mil en su rigurosa precisión),

resulta que el orden de la naturaleza misma y el plan del Creador confieren á la joven, hacia los doce años, una reserva de setenta y nueve mil novecientos ochenta y dos placeres á la vez estériles y lícitos que en nada serán frustrados, puesto que no *podrían* hacerles producir fruto. Lo importante es mantener á la mujer en su inclinación natural hacia la voluptuosidad. Que su deseo sea simple ó múltiple, día llegará en que conciba, legando así existencias que justificarán la suya. Pero, claro está que sucederá lo contrario si á las vírgenes que no encuentran marido se les propone no sé qué ideal de vida solitaria y de negación fatalmente estéril, execrable y contra naturaleza.

— Siga usted, dijo Pausole; tengo curiosidad por saber en qué va á para todo esto.

— Me apresuro á añadir que si proponemos que se busquen de continuo, pero con sabia prudencia, todos los deleites que recompensan á los amantes, aquellos que tienen la concepción por resultado, si no por fin, son los que con mucha más frecuencia describen nuestros folletos populares. Y también ellos son, á pesar

de lo que dicen los médicos, los que más gozan del favor general. Fácil es probarlo: cuando se fundó nuestra Liga, el excedente de los nacimientos sobre las defunciones, en Trifema-Ciudad, no



pasaba de 4 por 100. Hoy día alcanza 9 por 100, con sólo tres años de apostolado. Á fin de excitar y de subvencionar, si así puede decirse, una emulación fecunda en las clases bajas de la sociedad, hemos instituido certámenes de los que están excluidas las cortesanas, por profesionales que son, y en los cuales

cada año, cuando llega la primavera, coronamos á las jóvenes que, por medio de sus esfuerzos y cuidados, han llevado su belleza física al mayor grado de perfección, y que por sus talentos íntimos, así como por el calor de sus abrazos, son designadas á la aclamación del sufragio universal como habiendo dado, cada noche, en su barrio, un ejemplo digno de ser recomendado.

— Todo eso, dijo Pausole, es propaganda. Pero disponen ustedes de dos medios distintos, si he comprendido bien sus palabras de usted. ¿Cuál es el segundo de los dos?

— Á eso llego, contestó el Sr. Lebirbe. Nuestra propaganda por las representaciones públicas, por el libro, el periódico, la imagen y los certámenes del concurso anual, se dirige principalmente, excusado es decirlo, á la joven soltera. Arriesga mucho al seguirmos; las molestias y los dolores de la preñez y del parto la asustan, y no en otra parte hay que buscar la causa profunda de su reserva para con el otro sexo. Á los quince años, una muchacha del pueblo es aprendiz y hace los recados; preñada, pierde su puesto, hasta pierde su amante

en la mayoría de los casos, y, aun no perdiendo uno ú otro, sólo miseria, desesperación y dolor físico le queda hacia el séptimo mes. ¡Pues bien, queremos que afronte ella todo eso, que se exponga á ello y que salga triunfante! El país lo exige; necesita hijos. Por supuesto, no le hablamos así á nuestra discípula, pues podría muy bien contestarnos que no resultará más rico el país con un hijo que ella le dé, pero que, seguramente, ella resultaría mucho más pobre; y jamás podríamos hacerle comprender el error que entrafía su razonamiento. Por eso la halagamos con una esperanza de distinto género. Lo que le decimos — y esto lo comprende ella en seguida — es que el placer supremo de los ricos pertenece á los más miserables: el amor, que levanta fortunas y que las derrumba, no se perfecciona subiendo de categoría. Desde el momento en que una obrera sabe ser una amante, puede decirse á sí misma que ignora todas las dichas de la vida, excepto la más intensa; pues ésta, la abraza ella, la tiene agarrada...

— ¡Y tanto!

— He ahí por qué nuestra ambición

se declara satisfecha cuando sabemos que, después de haber leído alguno de nuestros folletos, al salir del taller pasa al cuarto vecino la modista ó la simple costurera, y entra en la vida merced á nosotros. Pues ya sabemos que, en lo sucesivo, sus horas de trabajo serán consoladas por un recuerdo y aliviadas por



una esperanza. Sabemos que no pasará el día entero bajo el peso de una tarea sin recompensa; que su cama le parecerá menos ruda y su cuarto menos frío en invierno si cierra sus piernas desnudas sobre un ser querido. Ojalá acuda á este llamamiento cuando la naturaleza la convida á ello; mas, cualquiera que sea el género de placer que la tienta y que ella escoja, nos damos por satisfechos si aprende en nuestra escuela, pues es

preciso que las clases acomodadas compartan con las más pobres no sólo su demasiada fortuna, sino también el secreto harto bien guardado de sus misteriosos placeres, de los cuales pide su parte la masa.

— Quisiera saber, repitió Pausole, cuál es el segundo medio de que disponen ustedes...

— Me resumo, dijo el S^r Lebirbe. Al combatir la licencia de los interiores, al esparcir el descrédito sobre los pabellones clandestinos y sobre los ancianos abyectos que no denigran la desnudez sino para que les resulte menos sosa entre el corsé y las medias negras, hacemos apasionado esfuerzo en el sentido del desnudo antiguo y puro, favorecemos la vida á la luz del día, la franqueza de las costumbres, el ejemplo y la enseñanza directa del abrazo amoroso: en una palabra, la expansión de la voluptuosidad pública en el territorio de Trifema.

— Nada podría serme más grato, dijo Pausole; pero, ¿de qué medios valerse para ello?

— ¿De qué medios? Conocemos dos. El primero, ya os lo he dicho, Señor, es

la propaganda. El segundo, consistiría en una sanción.

— ¡Una sanción! exclamó Pausole.

— Una sanción penal. Nuestra energía choca contra oposiciones irreducibles. Tenemos á favor nuestro la juventud y el pueblo; mas, nada ó casi nada podemos contra cierta casta que ejerce una autoridad moral incontestable y nos resiste palmo á palmo. Contra ella es contra quien os pido armas, Señor, contra ella y para vos, para la victoria inmediata de vuestros más caros pensamientos. Y, por de pronto, dejadme que os hable de una ley que con ansia febril esperamos y que podríais firmar esta misma noche: la ley de la desnudez obligatoria para la juventud.

— Eso sí que no, declaró Pausole. Mi querido señor, Trifema no es el mundo vuelto al revés; es un mundo mejor, ó, cuando menos, espero que así es, pero no le he ahorrado yo tantas trabas á mi pueblo para venir, ahora, á sujetarle con nuevas cadenas. ¡Imponer el desnudo en la vía pública! Vamos, comprenda usted, señor Lebirbe, que fuera tan ridículo como prohibirlo.

Y, acentuando sus primeras palabras

con puñetazos descargados en el vacío, Pausole articuló lentamente:

— Señor mío, el hombre pide que le dejen en paz. Cada uno es dueño de sí mismo, de sus opiniones, de su traje y de sus actos, en la medida de lo inofensivo. Los ciudadanos de Europa están hartos de sentir á cada momento sobre su hombro la mano de una autoridad que se hace insoportable á fuerza de estar siempre presente. Todavía toleran que la ley les hable en nombre del interés público; mas, cuando pretende ésta tomar la defensa del individuo á pesar de él y contra él, cuando regenta su vida íntima, su matrimonio, su divorcio, sus posturas voluntades, sus lecturas, sus espectáculos, sus juegos y su traje, tiene derecho el individuo á preguntarle á la ley por qué se entra en su casa sin que nadie la haya invitado.

— Señor...

— Jamás pondré á mis súbditos en el caso de que puedan hacerme tal reproche. Les doy consejos: tal es mi deber. Algunos no los siguen: están en su derecho. Y mientras alguno de ellos no adelante la mano para hurtar un portamonedas ó para dar un mojicón, para nada tengo

que intervenir en la vida de un ciudadano libre. La obra de ustedes es buena, señor Lebirbe; traten de que se esparza y se imponga; pero no esperen de mí que les preste gendarmes para encarcelar á quienes no piensen como nosotros.

VII

EN DONDE SE HACEN RELATOS DE VIAJE
ACÉRCA DE UN PAÍS BIEN SINGULAR.

« Os dirá algunos sonetos,
y supongo que ya sospecháis
de qué tratan.

— Desde luego, contestaron
aquellas Pastoras; tratarán
del Amor ».

REMY BELLEAU.

En aquel momento, una voccecita alegre y casi emocionada se atrevió á gritar desde el fondo de la pieza :

— ¡Mamá, mamá, qué felicidad! ¡el señor es poeta!

— ¿Poeta? ¿de veras, Filis?

— ¡Un poeta! repitió Diana la Cope-
tuda. ¡Oh, díganos usted algunos versos!

Gilillo se acercó, se inclinó, y contestó con deferencia :

— Señora, basta con que me hayáis expresado tal deseo para que falte á todos mis juramentos, pues bien decidido estaba á no decir nunca mis versos yo mismo; pero sé que nada ordenáis que no le sea grato al Rey, y quisiera estar seguro de no desagradarle al turbar su conversación...

— Nada turbará usted; mire : el Rey le escucha.

— Dinos tus versos, pequeño, dijo Pausole. Vienen muy á propósito para poner punto final á una conferencia de política interior, pues ya comenzábamos á no entendernos el Sr Lebirbe y yo, aunque discutíamos con cortesía. Pero escoge un poema corto y que recuerdes bien, pues las vacilaciones y los olvidos me hacen penosa impresión.

— Señor, dijo modestamente Gilillo, llevo conmigo mis obras completas.

Dirigió la mano á su cintura, hizo saltar el botón de una corta bolsa de cuero muy parecida á una cartuchera, y de ella sacó tres tomitos de diminuto tamaño.

Uno de ellos estaba editado en el *Mer-
cure de France*; de él se habían tirado
ciento ochenta y tres ejemplares : cuatro
sobre raso llama de ponche, ocho sobre
china gris polvo, nueve sobre papel de
embalaje que tiraba á caca de ganso,
siete sobre secante viejo de color de can-
grejo cocido, y, el resto, sobre papel ve-
teado de India. Titulábase el tomo : *el
Maniquí de ópalo*.

El segundo había sido depositado en
la librería Fischbacher. El retrato del
autor, reproducido por el curioso proce-
dimiento del fotograbado, adornaba la
página del título, el cual título era :
Lágrimas de un alma.

El tercero estaba publicado por un
editor israelita. En la cubierta, una joven
viuda muy alegre, con el velo de medio
lado, alzaba su falda negra hasta la cin-
tura, probablemente para hacer ver que
no llevaba pantalón, y tan escabroso era
el título, que quizá haga bien en callarlo.

(Porque, después de todo, no sólo por
señoras es leída esta novela).

Gilillo pareció vacilar; miró á los cir-
cunstancias : al Rey, á Filis, á Galatea y
á Diana la Copetuda... Después volvió á

colocar en su sitio los dos primeros
libritos, y abrió el tercero por la página 59.

— ¡Qué lindo tomito! dijo Diana la
Copetuda. ¿Se titula?...

— Sí.

— Precioso.

— ¿Sí nada más? preguntó Filis.

— ¿Qué más quieres? exclamó Galatea.

— ¡Oh, eso lo dice todo! suspiró Diana.

Y, flechando una mirada velada, aña-
dió :

— ¿Es una palabra que usted ha oído,
caballero?

— Nunca, Señora. Sólo se emplea en
poesía.

— ¿Cómo se dice en prosa?

— ¿Se dice : « No ».

— ¿Viene á ser lo mismo?

— Por fortuna, sí.

— Entonces, ¿es un convenio?

— Una delicadeza.

— ¿Por qué?

— En efecto, Señora, no podéis sa-
berlo... Una muy antigua costumbre, en
los pueblos, cristianos, quiere que no
pueda un hombre encontrarse con una
señora sin verse obligado á ofrecerle un
cuarto amueblado, con flores, polvos de
arroz, horquillas y emociones. La dama

contesta siempre : « No ». Si el señor se retira, comprende ella que él ha estado muy cortés. Si insiste el señor, reprime ella su turbación. Y si él declara que tamaña negativa lo matará de pena, la dama hace lo necesario para salvarle la vida. He ahí, señora, lo que quiere decir un « no ».

— Jamás diré tal palabra, dijo Filis con maliciosa sonrisa.

Pero Pausole daba golpecitos con la mano en el brazo de su ancha butaca.

— Léenos tus versos, pequeño. Jamás hay que contestar á las mujeres. Un hombre hace preguntas de discípulo : interroga acerca de lo que ignora. Pero una mujer hace preguntas de maestro, y sólo acerca de las páginas que ella conoce á fondo.

— En ese caso, dijo Galatea, ¿ tiene usted á bien decirme qué cosa es el pudor?

— ¿ Á qué viene esa pregunta... de discípula? dijo Filis riéndose.

— Este caballero parece creer que las mujeres dicen : « No » por discreción primero, luego por misericordia, si no por impulso vehemente. Le pregunto qué sabe acerca de nuestro pudor, y confío en que ha de contestarme.

— « Pudor », señorita (¿ estamos en clase, verdad?), « pudor » es una palabra latina que significa « vergüenza ». Es el sentimiento particular que experimenta una señora cuando, después de haberse dado cuenta exacta de sus formas, al



cabo de un examen imparcial, tiene que revelar á otros lo que preferiría ella deplorar sola. Y nada hay tan natural.

Filis y Galatea se consultaron con la mirada; pero, mientras la mayor permanecía inmóvil, la pequeña salió en silencio, sensible al reto lanzado por el paje.

Pausole tendió la mano :

— Enséñame tu libro, Gil; estoy viendo

en la cubierta... ¡Oh qué feo! ¿Cómo puedes publicar versos bajo semejante dibujo? Hace un rato, el Sr. Lebirbe me decía que este género de excitaciones iba dirigido á algunos ancianos cuyas hipocresía y necesidad odiábamós ambos.

— Quizá ocurra tal en Trifema, contestó Gilillo. Pero, en Francia, en donde los ancianos dirigen las costumbres y hacen las leyes, esas excitaciones se dirigen al pueblo entero. El arremangado es el traje nacional de las francesas. Se ve en todas partes, en los bailes públicos, en el café concierto, en el teatro, en el Elíseo, y hasta en el gran mundo. En medio de las caricaturas extranjeras, el arremangado designa á Francia entre el león inglés y el águila de Alemania. Si he hecho grabar en mi libro una señora completamente vestida de negro salvo hacia la parte alta de las piernas, era para que en seguida se viera que hablaba de las parisienses.

— ¡Qué moda tan singular! dijo Diana, soñadora. ¿Por qué agradar á los ancianos y no á los jóvenes?

— Las parisienses quieren agradar á todo el mundo y tienen muy particular respeto por los señores de edad... Ese

respeto se expresa de distinta manera según la mujer y según la hora del día...

— ¡Oh, díganos usted! ¡Qué curiosas, esas costumbres de los países salvajes!...

— En las clases inferiores, la mujer expresa su deferencia hacia el hombre de edad alzando el pie hasta sus ojos. Este gesto suele ir acompañado de una exclamación irónica ó injuriosa; pero queda encantado el septuagenario. Si ocurre la escena en un baile público, la policía y la tradición quieren que la mujer enseñe al mismo tiempo bajos complicados, muchos encajes falsos y madapolanes sucios. El que suele frecuentar el *Moulin Rouge* ó el *Casino de Paris* sólo gusta de la elegancia del muslo, y distingue poco de bajos: cuanta más tela haya, más contento está. Si, al contrario estamos en alguno de esos especiales sitios de placer de Montmartre, ó en la calle, de noche, ó en familias sencillas, hay que no llevar ropa en ningún sitio para encantar al septuagenario con el saludo de abajo arriba. Los etnólogos apuntan, sin explicarlas, esas contradicciones del gusto francés.

— ¿Ha vivido usted en ese país?

— He nacido en él, Señora.

— ¡Oh! perdone usted. Le creía italiano. ¿Decía usted?... prosiga, que me apasiona.

— En los medios burgueses, el gesto es distinto. En una acera, por ejemplo, una señora se siente seguida por un miembro de la Alta Cámara por quien no puede ella tener más que una veneración puramente filial; se la demuestra por medio de una maniobra bastante difícil de realizar y que consiste en tirar de la falda y en alzarla, de manera á acusar bien las formas posteriores, enseñando al mismo tiempo la pantorrilla izquierda. Poco chiste tiene la cosa, pero el septuagenario queda encantado.

— No comprendo...

— Yo tampoco... En las clases llamadas superiores, el escotado goza de más favor. He aquí la maniobra : estando en pie el anciano, y la mujer — joven, por supuesto — sentada, se inclina ésta apretando los brazos y redondeando los hombros; la postura es poco elegante, pero el cuerpo del vestido flota, se ensancha; la mirada del viejo se clava en él como una flecha, y cuando el seno de la dama es lo bastante complaciente para dejar ver la forma, el color y las curiosidades de su pezón, el

septuagenario no cabe en sí de gozo.

— Pero, ¿qué dicen los jóvenes de todo eso?

— ¿Los jóvenes? la mayoría de ellos piensa como sus abuelos... Lo único que hay es que para ellos se suben más las faldas y se bajan más los escotes... Los demás no se atreven á protestar...

— ¿Y las señoras?

— ¡Oh!... ¡tal costumbre de eso tienen las señoras! Y, además, es la moda : nadie puede nada contra ella... Hace un rato, oía yo al Sr. Lebirbe decirle al Rey que, en su escenario, las amorosas se desnudaban antes de cantar : « ¡Éxtasis! ¡Enajenación! » Pues en París, señor Lebirbe, nadie entendería cosa semejante. El uniforme de las cortesanas es el corsé negro y las medias negras, con pantalón ó, sin él; en otros tiempos, tales prendas se ponían hasta en la cama, dicen los buenos autores; hoy día, sólo en la habitación se llevan, con lo cual ya se ha adelantado algo; pero, ¿sabe tal cosa el público de los teatrillos? Para él, todas las mujeres desnudas representan la misma persona, la única que le han enseñado los diarios ilustrados : la Verdad sobre el asunto

Dreyfus. Si la hicieran salir á escena, habría manifestaciones.

— ¡Oye, oye, me parece que exageras un poco, dijo Pausole.

— Hasta creo que inventa, dijo á su vez Diana, inquieta. Costumbres semejantes no pueden existir en ninguna parte.

— ¡Ojalá! suspiró el Sr Lebirbe. Pero han penetrado hasta aquí, señora, y occultan su insanidad en el secreto de nuestros interiores.

— ¿En Trifema?

— En Trifema.

— No en su casa de usted, cuando menos, dijo Diana con una sonrisa.

Filis volvía, sin más velos que aquellos de que comenzaba á dotarla la naturaleza. Detrás de ella, un criado con librea avellana traía refrescos.

Se sentó junto á su hermana en un sofá de dos asientos, y Gilillo tuvo distracciones.

Galatea pasaba una mano por su peinado para ver si estaba en orden.

Filis, con la yema de un dedo difuminaba sobre su cadera unos cuantos polvos superfluos.

— ¡Vaya, acabemos, léenos tus versos,

pequeño! exclamó Pausole. Todo el mundo te escucha. Pero escógelos que sean menos escabrosos que las tapas de tus obras. Hablas delante de doncellas.



— ¡Oh! podemos oirlo todo, Señor; mamá nos lo permite, dijo Filis.

Y la señora de Lebirbe salió de su silencio para emitir este aforismo que, seguramente, había ella leído en algún sitio:

« Cuando las jóvenes comprenden... no se les enseña gran cosa... y cuando

no comprenden... no se les enseña nada».

Mas, como abriera Gillilo su libro, sonó la última campanada de las doce...

Taxis, siempre puntual, se hizo anunciar.

VIII

CÓMO TAXIS PRETENDIÓ SEGUIR EL EJEMPLO DE LA HERMOSA TIRRETA

Todo aquello que hace que los hombres dependan unos de otros respecto á sus placeres, contribuye en grado sumo á dar á sus costumbres una impresión de ternura y de humanidad, tan necesaria á la dicha de la sociedad en general; por eso se ha notado que los hombres poco favorecidos por la naturaleza son los más insociables de los mortales.

FRERON. — 1776.

El hugonote, con aire á la vez sumiso y vano, cerrados los ojos y abierta la boca, saludó.

En seguida se sentó de medio lado Diana la Copetuda, ostentando el volverle la espalda. Apoyando su brazo derecho sobre el respaldo, alzó blan-

damente su mano izquierda hacia el paje y le dijo :

— ¿Por qué no lee usted?

— Señora, contestó Gilillo, todos mis versos pueden ser puestos en manos de las jóvenes, pues hablan precisamente de lo que más les interesa. Pero no están escritos para Taxis, y mientras esté aquí el Sr Taxis, pido á usted permiso para no darle motivo á escándalo.

— ¡Ay de aquel por quien haya escándalo! dijo Taxis lúgubrementemente. Pero es necesario que haya escándalo. Pero es necesario que haya escándalo...

— ¿Quién es ese señor? murmuró Filis.

— Tiene mal aspecto, dijo Galatea.

— ¿Has visto sus manos

— ¡Y qué pescuezo!

— ¡Y qué dentadura!

— ¡Y qué barba!

— Pues, ¿y su corbata? ¡Vaya una corbata!

— ¡Qué feo debe de estar desnudo! Hace bien en vestirse.

Mientras, Taxis se acercaba al Rey :

— Señor, dijo en alta voz, tengo la honra de pedirlos que me escuchéis en particular. Se trata de un asunto suma-